

UNO

PRÓLOGO A UN PAÍS: ESPAÑA

Era 1959, hacía catorce años del final de la Segunda Guerra Mundial. Había una villa victoriana llamada Niddry Lodge*, situada en la calle Holland en Londres, a pocos pasos de Notting Hill Gate, que en ese momento era la sede de un centro social conocido como el Linguist Club.

Este no era precisamente la clase de club por la que la capital británica era famosa, como los clásicos en Pall Mall y St. James's Street, donde los afines a Mycroft Holmes o Phileas Fogg pasaban horas en solemne silencio leyendo el *Times* o dormitando. No, el Linguist Club fue un refugio para aquellos, – en su mayoría jóvenes extranjeros – que se encontraban a la deriva en la gran metrópoli, deseosos de pasar unas horas en agradable compañía y tener la oportunidad de desarrollar sus conocimientos lingüísticos con interlocutores anglosajones. Un número bastante menor, aquellos que hablaban inglés de nacimiento, a su vez

* El lugar está actualmente ocupado por un moderno centro de servicios profesionales y todavía se llama Niddry Lodge.

probaban suerte en conversar con franceses, alemanes, italianos o españoles.

Pero sobre todo y más allá de su afán por mejorar el idioma, la mayoría buscaba la compañía en las relaciones humanas. O más aún. Se sentían solos en una ciudad extraña. Sus costumbres y gustos chocaban con la sociedad a la que habían sido lanzados y, a menudo después de ser apartados por la suspicacia británica y verse perdidos en un ambiente hostil, descubrían que pasar una velada en el Club resultaba ser una experiencia edificante.

Muchas eran chicas de las costas mediterráneas que trabajaban de *au pair* y en las labores del hogar en las casas de familias inglesas de clase media, echando una mano en las tareas cotidianas, cuidando niños, lavando platos y sacando al gato. A cambio, recibían alojamiento y comida y la oportunidad de conversar con las familias y quizás de coger un poco de correcto acento británico. También podían complementar todo esto con un cursillo de unas horas semanales en una academia de idiomas o en un centro educativo para extranjeros.

En sus tardes libres, algunas de estas chicas acudían al Linguist Club cuya cuota de afiliación era la razonable cantidad de diez chelines al mes, el precio de una comida en un restaurante decente. A cambio, el Club ofrecía un programa de intercambios de conversación en varios idiomas, debates informales sobre temas de opinión, asuntos de actualidad y una lista de actividades recreativas y de excursiones. En el salón del Club, amueblado con sofás, mesas, sillas y lámparas de lectura, los socios podían pasar sus horas libres jugando al ajedrez, leyendo o relacionándose. Una Torre de Babel constante de idiomas se extendía por la habitación,

donde se mezclaban con el humo de los cigarrillos y el olor-cillo de las chimeneas de carbón.

Para los socios, la bodega del Club, que se parecía a una caverna, era casi tan popular como el salón. Allí podían deleitarse con un verdadero café espresso en pequeñas mesas. En aquellos años, antes de la llegada de Starbucks o Nero en Londres, cuando en la ciudad imperaban todavía los establecimientos de té de Lyons Corner y los rancios cafés donde servían los aguachirles que difícilmente se distinguían del té, el néctar de color de ébano preparado en una auténtica máquina de café espresso italiana Gaggia, era la atracción más notable del Club. Tomar un sorbo de ese café era lo más cerca que podías llegar en Londres al sentimiento de estar sentado en algún café en la Piazza Narbona de Roma. Así que los socios permanecían durante horas envueltos en una nube de humo que, continuamente, emanaba de cigarrillos sin filtro, mientras daban rienda suelta a una cháchara que parecía interminable, en una docena de idiomas extranjeros, que iba del finlandés al griego. Se escuchaba poco inglés, ya que la mayoría de los socios habían encontrado grandes dificultades en entablar amistades con británicos, que parecían tan inalcanzables como un taxi vacío en Piccadilly Circus en una lluviosa noche de sábado. Tampoco eran capaces de conciliar la pronunciación Cockney que oían en las tiendas y en los pubs que frecuentaban con aquello que se les había enseñado en sus clases de inglés. Así que los italianos se juntaban con otros italianos, los franceses con los suyos, los alemanes con sus compatriotas y los españoles se mezclaban con otros hispánicos. La mayoría se quejaba del horrible clima del norte, de la singularidad de las costumbres británicas, de la frialdad de

sus ciudadanos y de lo insulso de la comida. Uno escuchaba innumerables chismes sobre amigos y enemigos, aventuras, desventuras, encuentros amorosos, sobre las dificultades de encontrar direcciones en Londres como cuando los números de las casas continuaban por otra calle al doblar la esquina y donde Stanford Lane, Stanford Mews, Stanford Place, Stanford Crescent, Stanford Close, Stanford Gardens, Stanford Terrace, y una media docena de otros Stanford sonaban todos como un mismo lugar en el mismo barrio.*

Estas quejas se unían a otras sobre las singularidades de las familias británicas con las que algunos vivían. Pocos parecían haberse adaptado al nuevo entorno o apreciado las maravillas de la ciudad y sus ofertas culturales. Su libro favorito era el ameno *Cómo ser un forastero (How to be an Alien)* de George Mikes, que ha encantado a los extranjeros que han ido a Inglaterra desde que fuera publicado por primera vez en 1946.

Una noche, mientras estaba sentado en el salón del Club, entablé conversación con una joven atractiva. Era una morena menuda, con ojos centelleantes, una sonrisa encantadora, bien formada y de presencia elegante. Había buen rollo. Se esforzó por sacar unas cuantas palabras en un inglés chapucero. Supe que venía de Madrid y que se llamaba María Luz. Como yo no hablaba ni una palabra de su lengua materna, cambiamos a un idioma que ambos conocíamos, el francés, que yo había aprendido durante una larga estancia

* Los británicos aplican hasta 60 términos diferentes a sus vías públicas, sin contar aquellos en las que no se hace mención específica al tipo de “calle” de que se trata, como Piccadilly, The Strand, Haymarket, Pall Mall, etc. sin indicar si son calles o uno de los innumerables sinónimos.

en París tres años antes. De hecho, su dominio de este idioma era muy superior al mío. Después de una o dos horas de simpática conversación en la que pude darme cuenta de que era muy culta, le pregunté si estaría interesada en asistir a un concierto conmigo la noche siguiente en el Albert Hall. El famoso pianista chileno, Claudio Arau, tocaría a Chopin, acompañado por la Orquesta Sinfónica de Londres. Ella aceptó y nos encontramos en esa sala de conciertos.

Después de la noche de ese magnífico concierto, nos vimos varias veces más. En el siguiente encuentro, María Luz me acompañó a un restaurante donde me inicié en las delicias de la cocina española. Por supuesto, el *plat de résistance* era la paella, un plato que nunca había probado antes y que en aquel momento no era muy conocido fuera de España. Para el postre me arriesgué con un trozo de queso con carne de membrillo, otro plato desconocido para mí. Más tarde busqué el significado de “membrillo” y descubrí que en inglés se llamaba *quince*, una fruta con la cual se hace ese dulce. Nunca había oído hablar de él. También probé por primera vez el turrón, que me resultó parecido a la *halva* judía.

Otro día fuimos a ver las pinturas en la National Gallery. Su conocimiento de las escuelas de pintura flamenca y arte medieval, en las que nunca me había interesado en absoluto, me impresionó y demostró que su interés por la pintura iba más allá de los habituales impresionistas y modernistas que entonces eran y siguen siendo los favoritos de las personas instruidas. Por mi parte, yo podía explicarle algo sobre las cualidades de Whistler y Sargent. Ella nunca había oído hablar de Hogarth, pero nos encontrábamos en un terreno común con los Turner.

En el curso de la semana que pasé en Londres conocí algunas cosas de su vida. Después de conseguir su título en la Universidad de Madrid en Filosofía y Letras y haberse cansado de sus roces familiares – una madre viuda y cinco hermanos y hermanas – decidió aceptar un trabajo de *au pair* en París. Allí había vivido con una simpática familia francesa varios años, y había estado yendo a cursos de francés por las tardes, lo que explicaba su fluidez en el idioma. Vivir en París había sido un soplo de aire fresco después de las asfixiantes restricciones de la vida en España y las discusiones familiares. Aunque seguía aferrada a sus creencias católicas fundamentales, la flexible manera de pensar de los franceses en estos asuntos representó para ella un alivio comparado con la intransigencia de los clérigos españoles que había conocido. Tras haber adquirido una buena dosis de cultura y costumbres francesas, decidió dar un paso similar al que había dado al ir a París y marchar a Londres para aprender inglés. Sin embargo, no quería estar condicionada a las limitaciones de vivir con una familia británica. En su lugar, mientras estaba en Francia, encontró un trabajo a través de una agencia en un gran hospital en Chelsea, y así pudo obtener un visado para entrar en el Reino Unido.

A lo largo del tiempo que pasamos juntos seguimos conversando en francés, aunque en ocasiones ella hizo heroicos esfuerzos por hablar en su inglés chapurreado. Finalmente llegó mi momento de partir a París, donde un amigo me esperaba. Quedamos en volvernos a ver al mes en la Riviera, yo, acompañado de mi amigo, y ella con una amiga catalana llamada Laura. Mientras volaba al aeropuerto de Le Bourget en París, me emocionó la idea de que me estaba embarcado en un nuevo y floreciente romance. Y lo que es más,